

sios y papuas, hechos que muestran con viva luz rasgos de carácter que de ordinario asociamos á la naturaleza humana, sometida durante largo tiempo á la disciplina de la vida civilizada y á las enseñanzas de una religión superior. Albertis, cuyo testimonio es de los más recientes, habla de cierto pueblo de Nueva Guinea, cercano á la isla de Yule, al cual visitó y al que considera dotado de una rígida honradez, «bueno y pacífico». Después de las cuestiones que surgen entre las diversas aldeas, las gentes «se presentan tan amables como antes y no muestran animosidad alguna». El reverendo W. G. Lawes, que comentó el relato de Albertis en un informe presentado al Instituto Colonial, dice que la benevolencia de este pueblo hacia los blancos desaparece ante los malos tratamientos que éstos le hacen sufrir. Es la historia de todos los salvajes.

Por el contrario, en diversas regiones del globo hombres pertenecientes á tipos diferentes nos prueban que sociedades relativamente adelantadas en organización y en civilización, pueden ser inhumanas en sus ideas, sus sentimientos y sus costumbres. Los fidjianos, que según Pickering son los más inteligentes entre los pueblos incultos, figuran también entre los más feroces. «El carácter de los fidjianos se distingue por una malignidad profunda y por la inclinación á la venganza.» La mentira, la traición, el robo y el asesinato no son entre ellos actos criminales, sino acciones decorosas; el infanticidio se practica en gran escala; se estrangula con frecuencia á las personas enfermizas y á veces son despedazadas vivas las víctimas humanas, antes de ser devoradas. Sin embargo, los fidjianos tienen «un sistema político complicado al que prestan gran atención», fuerzas militares bien

organizadas, fortificaciones bien construidas y una agricultura adelantada, con rotación de cultivos y sistemas de riego. La división del trabajo se ha desarrollado bastante entre ellos; tienen un mecanismo perfectamente visible de distribución de la riqueza y un esbozo de circulación; su industria es lo bastante hábil para construir embarcaciones en que caben 300 hombres (1). Fijémonos en otra sociedad: el Dahomey. Encontramos en ella un sistema completo de clases, compuesto de seis de éstas; organismos políticos complicados con funcionarios distribuidos por parejas; un ejército, dividido en batallones, que efectúa maniobras y revistas; cárceles, policía y leyes suntuarias; una agricultura, en la cual se hace uso de los abonos y que cultiva veinte especies vegetales; ciudades rodeadas de fosos, puentes y caminos con portazgos. Y, sin embargo, junto á este desarrollo social relativamente superior, existe un estado de cosas que podría llamarse el crimen organizado. Se guerrea con el fin de adquirir cráneos con que adornar el palacio del rey; cuando muere el monarca son degollados centenares de súbditos, y cada año se inmola á un gran número, para enviar mensajes al otro mundo por conducto de las víctimas. Crueles y sanguinarios, embusteros y falsos, «los naturales de dicho país son ajenos á la simpatía y á la gratitud hasta con sus mismos allegados», de manera que «ni apariencia tan sólo de cariño existe entre marido y mujer, entre padres é hijos». El Nuevo Mundo ofrecía ejemplos análogos en la época de su descubrimiento. Los mejicanos tenían ciudades de 120.000 casas, pero adoraban dioses caníbales, á cuyos ídolos alimentaban con carne humana, caliente toda-

(1) Erskine, *Journal of Cruise, etc.*, 1872.



via, introducida en sus bocas y hacían guerras para procurarse víctimas que inmolar á los dioses. Eran constructores hábiles de templos inmensos é imponentes, pero sacrificaban dos mil quinientas personas al año, sólo en Méjico y en las ciudades vecinas, y un número mucho mayor en el resto del país (1). En los estados populosos de la América central, lo bastante civilizados para poseer un sistema de cálculo, un calendario regular, libros, mapas, etc., había también sacrificios de gran número de prisioneros, de esclavos y de niños, á los cuales se les arrancaba el corazón para ofrecerlo, todavía palpitante, en los altares, ó se les desollaba vivos, para hacer con su piel los trajes de los sacerdotes en las danzas sagradas (2).

Pero no es necesario buscar en apartadas regiones, ni en extrañas razas, hechos que demuestren que no hay relación necesaria entre los tipos sociales, que se llaman civilizados, y los sentimientos superiores que nuestro espíritu considera de ordinario inherentes á la civilización. Las mutilaciones de los prisioneros, que se ven en las esculturas asirias, no son menos crueles que las que practican las más sanguinarias razas salvajes. Ramses II, que gustaba de hacerse representar, esculpido en los muros de los templos de todo Egipto, cogiendo á una docena de prisioneros por los cabellos y decapitándolos de un solo golpe, causó con sus conquistas mortandad mayor de la que pueden producir

(1) Ternaux Compans, *Compilación de documentos relativos á la conquista de Méjico*, París, 1838. Clavijero, *Historia de Méjico*, libro VI, 18. Díaz del Castillo, *Memorias*, 1598. Herrera, *Historia general del continente y de las islas de América*, 1601.

(2) Landa, *Relación de las cosas del Yucatán*, 1566. Gallatin, *Notes on the semi civilized Nations of Mexico, Yucatan and Central America*. (*Transactions of the American Ethnological Society*.) Herrera, obra citada. Prescott, *Conquista del Perú*, libro I, 4.

mil jefes salvajes juntos. Los tormentos que hacen sufrir los Pielos Rojas á los enemigos prisioneros no son más horribles que los que se aplicaban antiguamente á los criminales en el suplicio de la cruz ó á las personas acusadas de rebelión, á quienes se cosía dentro de la piel de un animal recién muerto, ó á los herejes, á quienes se untaba de una materia combustible, prendiéndola fuego. Los damaras, de quienes se dice que son inhumanos hasta el punto de reir ante el espectáculo de uno de los suyos destrozado por una fiera, valen en este punto tanto como los romanos, que se complacían en ver morir en masa á las víctimas humanas en sus circos. Si las víctimas de las hordas de Atila fueron más numerosas que las que los ejércitos romanos hicieron perecer en la toma de Seleucia ó que los judíos degollados por orden de Adriano, fué porque la ocasión no permitió que fuera mayor el número de los últimos. Las crueldades de Nerón, de Galieno y de otros emperadores, rivalizan con las de Gengis Khan y Tamerlán. Caracalla hizo morir á 20.000 partidarios de su hermano, después de haberle asesinado, y los soldados del asesino obligaron al Senado á colocar al fratricida en el número de los dioses, prueba de que la ferocidad del pueblo romano no era menor que la que hace deificar al jefe más sanguinario entre los salvajes peores. El cristianismo no cambió gran cosa esta manera de ser. Durante la Edad Media, en toda Europa, los delitos políticos y las herejías acarrearán á sus autores tormentos sabiamente refinados, iguales ó más atroces que los que hacen sufrir á sus víctimas los más crueles entre los bárbaros.

Por extraño que nos parezca, hay que admitir que el desarrollo de los sentimientos humanitarios no marcha al compás de la civilización, sino que, por el con-



trario, los primeros pasos de ésta tienen por condición necesaria cierta inhumanidad relativa. En las tribus primitivas el más brutal, y no el más benévolo, de los hombres, es quien triunfa en las conquistas, cuyo resultado es la consolidación de los organismos sociales rudimentarios. En las sucesivas fases de la evolución social, la agresión sin escrúpulos en el exterior y la dominación cruel en el interior de la sociedad, son el acompañamiento habitual del desarrollo político. Los hombres que han formado las mejores sociedades organizadas, no fueron al principio, ni han sido durante mucho tiempo, más que los salvajes más diestros y vigorosos. Hoy mismo, cuando se emancipan de las influencias que modifican esencialmente su conducta, muestran todavía que no valen mucho más que los salvajes. Cuando por una parte nos fijamos en una tribu absolutamente desprovista de civilización, los veddahes de los bosques que, según se dice, tienen «una honradez y una veracidad proverbiales, son dulces y cariñosos, atienden al menor signo de un deseo y muestran mucho agradecimiento por la atención ó la ayuda que se les presta», salvajes respecto de los cuales ha observado Pridham que «podrían darnos lecciones de gratitud y de delicadeza» (1), y por otra parte, echamos una ojeada sobre ciertos actos recientes de bandolerismo internacional, realizados mediante el exterminio de millares de individuos, que ningún daño habían hecho á sus matadores y á costa de actos de perfidia, de falta de lealtad y de ejecuciones de prisioneros á sangre fría; comparando ambos espectáculos hay que reconocer que la diferencia entre los pue-

(1) Bailey, *Journal Ethnological Society*, II, 223. Sir J. Emerson Tennant, *Ceylon*. Pridham, *Historical Political and Statistical Account of Ceylon*, 460.

bllos que se llaman civilizados y los que se llaman salvajes no es tal como se supone generalmente. Cualquiera que sea la relación que exista entre el carácter moral y el tipo de organización social, no puede significar en absoluto la superioridad de sentimientos del hombre social sobre el hombre *presocial* (1).

§ 438. ¿Cómo puede conciliarse esta idea con la del progreso? dirá el lector. ¿Qué es lo que justifica la civilización, si se da el caso de que algunos de los atributos superiores de la humanidad rayen á mayor altura en pueblos salvajes, que viven aislados por parejas en los bosques, que entre los individuos de las grandes naciones bien organizadas y en posesión de artes maravillosas y de extensos conocimientos científicos? La mejor respuesta nos la darán los hechos que guardan analogía con los consignados.

La lucha por la existencia se ha convertido en un medio indispensable de evolución por haberse propa-

(1) Mientras se hallaba en prensa este pasaje de la edición inglesa, se ha visto de lo que es capaz el hombre social perteneciente á una raza adelantada. Con el fin de justificar la destrucción de dos ciudades africanas de Batanga, se nos dice que su rey, que quería conseguir el establecimiento de una factoría, descontento con la promesa de una sucursal, abordó á un *schooner* inglés, se apoderó del segundo, Mr. Govier, se negó á entregarle y amenazó con cortarle la cabeza cuando le fué reclamado, lo cual, de ser verdad, es una singular manera de obtener el establecimiento de una factoría. Mister Govier consiguió escaparse, sin que fuera maltratado durante su cautividad. El comodoro Richard fondeó con la *Boadicée* y dos cañoneros delante de Cribby, residencia del rey Jack, á quien exigió que acudiera á bordo á darle explicaciones, prometiéndole plena seguridad y amenazándole con graves consecuencias si se negaba á comparecer. El rey, no fiándose de la promesa, no acudió, y entonces el comodoro, sin preguntar á los indígenas si habían tenido algún motivo para apoderarse de Mr. Govier, y contentándose con la afirmación sin pruebas de sus compatriotas, barrió la playa á cañonazos; después de algunas horas de espera, quemó la población, que contaba trescientas casas, saqueó las cosechas de los indígenas y destruyó sus piraguas. No



gado por todo el reino animal. Observamos que, en la concurrencia vital entre individuos de la misma especie, la supervivencia de los más aptos ha favorecido desde un principio la formación de un tipo superior; pero, además, vemos que la guerra incesante entre las especies es la causa principal de crecimiento y de organización. Sin el combate universal no se hubiera producido el desarrollo de las facultades activas. Los órganos de percepción y de locomoción se han ido desenvolviendo poco á poco, merced á la acción reciproca de los individuos perseguidos y perseguidores. Al perfeccionarse los miembros y los sentidos han prestado un concurso mejor á las vísceras, y en cambio éstas han aportado en mejores condiciones la sangre oxigenada á los miembros y á los sentidos; por otra parte, en cada grado superior aparece un sistema nervioso más perfecto y más á propósito para coordinar las acciones de estos aparatos complejos. La muerte por

---

satisfecho con el incendio de la ciudad del rey Jack, navegó hacia el Sur y quemó la del rey Long-Long. Estos hechos los ha publicado el *Times*. En el artículo que consagra á dichos acontecimientos el órgano de las personas honradas de Inglaterra, lamenta que "el castigo impuesto á los habitantes de Batanga parezca á aquellos espíritus infantiles desproporcionado á la ofensa", lo cual quiere decir, sin duda, que el espíritu adulto de los civilizados no hallará semejante desproporción. Además, el citado periódico, inspirador de las clases directoras, y para el cual los dogmas teológicos admitidos son la base indispensable de la distinción entre el bien y el mal, observa que, "á no ser por la sombra que derrama sobre el suceso la muerte de dos de los nuestros, el episodio no hubiera carecido de chiste". Chiste hay, sin duda, pero de lo más horrible que puede imaginarse, en que después de haber predicado *la buena nueva al espíritu infantil del salvaje* los misioneros de la *religión de amor*, se le enseña, quemando su casa, cómo se practica esta religión. No disuena el acompañar con risa mefistofélica un comentario de las virtudes cristianas hecho á cañonazos. Es posible que el rey, al negarse á ir á bordo del buque inglés, obedeciera á la creencia común á los negros, que se representan al diablo en figura de un blanco.

inanición, respecto de los animales carniceros, y la muerte por destrucción, respecto de los que sirven de presa á aquéllos, han hecho desaparecer á las especies y á los individuos menos favorecidos por la naturaleza. Todo progreso en la fuerza, la velocidad, la agilidad ó la sagacidad de los animales de una de estas dos clases, tiene por consecuencia necesaria un progreso análogo entre los de la otra; sin los esfuerzos, repetidos continuamente, para coger la presa ó para huir del enemigo, bajo pena de la vida, ni unos ni otros hubieran podido realizar sus progresos.

Observemos, sin embargo, que si esta implacable exigencia de la naturaleza, monstruo de garras y dientes ensangrentados, ha sido condición necesaria del progreso en la vida de los seres sensibles, no debe deducirse de ahí que deba existir la misma regla en todos los tiempos y para todos los seres. La organización superior desarrollada por esta lucha universal, y que se adapta á ella, no está condenada de un modo necesario á emplearse eternamente en semejantes fines; la fuerza y la inteligencia que resultan de esta organización, son adecuadas para tener empleo muy diferente. La estructura hereditaria que la constituye no es sólo buena para el ataque ó la defensa; es apta para otros diversos fines, los cuales, es posible que sean, con el tiempo, los únicos para el ser, modificado de esta manera. Las miríadas de años de guerra, durante los cuales se han desarrollado las fuerzas de todos los tipos inferiores de los seres vivientes, han legado, al ser de tipo superior, fuerzas para innumerables fines distintos del de matar ó el de eludir la muerte. Sus dientes y sus uñas le sirven de poco en el combate y no impone á su espíritu como ocupación ordinaria la obligación de combinar medios para destruir á otros seres vivien-



tes ó preservarse del mal que éstos pudieran hacerle.

Lo mismo pasa con los organismos sociales. Hay que reconocer que la lucha por la existencia entre las sociedades ha sido el instrumento de su evolución. Ni la fundición y refundición de grupos pequeños en un grupo mayor, ni la organización de grupos compuestos y doblemente compuestos, ni el desarrollo simultáneo de los factores de existencia más larga y más elevada que produce la civilización, hubieran sido posibles sin las guerras de tribu á tribu y luego de nación á nación. El punto de partida de la cooperación social es la acción combinada para el ataque ó la defensa; de esta clase de cooperación proceden todas las demás. Claro es que no hay medio de legitimar los horrores ocasionados por este antagonismo universal, que comenzando por las guerras crónicas de tropas reducidas, hace diez mil años, ha acabado por las grandes batallas de las grandes naciones; mas es forzoso confesar que sin tales horrores el mundo estaría habitado todavía por hombres del tipo más débil, que se albergarían en las cavernas y se nutrirían con una alimentación grosera. Podemos prever, no obstante, que la lucha intersocial por la existencia, que ha sido condición indispensable de la evolución de las sociedades, no desempeñará necesariamente en lo porvenir un papel semejante al que desempeñó en lo pasado. Reconociendo que debemos á la guerra la formación de las grandes sociedades y el desarrollo de sus órganos, podemos, sin embargo, deducir que las fuerzas adquiridas, aplicables á otras funciones sociales, perderán su misión primera. Si concedemos que sin aquellas sangrientas y continuas luchas no hubieran podido formarse las sociedades civilizadas, y que este estado debía necesariamente producir una

forma apropiada del carácter del hombre, con tanta ferocidad como inteligencia, tenemos al mismo tiempo el derecho de afirmar que, una vez producidas tales sociedades, la brutalidad del carácter de las unidades sociales, que fué condición necesaria de su formación, desaparecerá. Si los beneficios adquiridos durante el periodo de depredación subsisten como herencia permanente, los males individuales y sociales, originados en este periodo, decrecerán y se borrarán gradualmente.

Así, pues, cuando consideramos la estructura y las funciones de una sociedad desde el punto de vista de la evolución, podemos conservar la serenidad de espíritu necesaria para su interpretación científica, sin perder por esto la facultad de experimentar el sentimiento moral de aprobación ó de reprobación.

§ 439. A estas indicaciones preliminares sobre la disposición de espíritu que debe conservarse en el estudio de las instituciones políticas, conviene añadir otras consideraciones más breves acerca de las cuestiones en cuyo examen vamos á ocuparnos. Si todas las sociedades fueran de la misma especie y sólo variasen en el grado de crecimiento y de estructura, bastaría compararlas para percibir claramente el curso de la evolución; mas la diferencia de tipos que las separa, grande unas veces, pequeña otras, introduce un elemento de obscuridad en el resultado de las comparaciones.

Agréguese á esto que si cada sociedad creciera y se desarrollara mediante la introducción de nuevos factores, sería relativamente fácil apreciar su evolución; pero las operaciones, complicadas de suyo, del desenvolvimiento social, se complican más aún, con frecuencia, por los cambios que se introducen en los sis-



temas de sus factores. Ya aumenta ó disminuye de repente el volumen de la masa social por una anexión ó una pérdida de territorio, ya el carácter normal de sus unidades se altera por la introducción de hombres de otra raza, á título de conquistadores ó de esclavos, mientras que á consecuencia de este acontecimiento se superponen nuevas relaciones sociales á las antiguas. En muchos casos, las invasiones de unos pueblos en otros, la mezcla de razas y de instituciones, la disolución y reconstrucción de las sociedades destruyen de tal manera la continuidad de su marcha normal, que es en extremo difícil, por no decir imposible, llegar á sentar conclusión alguna.

Las modificaciones en el término medio del género de vida de una sociedad, ya se haga cada vez más belicosa ó cada vez más industrial, provocan diversas metamorfosis; los cambios en las funciones producen cambios en la estructura. Es necesario distinguir las nuevas coordinaciones progresivas que corresponden á los períodos más avanzados del desarrollo de un tipo social de aquellas que se deben al comienzo del desarrollo de otro tipo social diferente. Los rasgos de una organización apropiada á cierta forma de actividad, extinguida ó en suspenso durante mucho tiempo, comienzan á borrarse y son reemplazados por los rasgos, cada vez más definidos, de otra organización, adecuada á la forma de actividad que reemplaza á la primera. La confusión de unos rasgos con otros puede ser causa de errores.

Podemos prever, por consiguiente, que de este conjunto de fenómenos, complicado y confuso, sólo las verdades más generales podrán brotar con claridad. Y al prever la posibilidad de sentar ciertas conclusiones generales, de un modo positivo debemos anticipar

también la idea de que tendremos que contentarnos con dar como probables las conclusiones de carácter más especial. Afortunadamente, como veremos, las conclusiones que pueden establecerse de un modo positivo son las que tienen mayor importancia como reglas directoras.